



Revista

de

Ciencias Económicas

Publicación mensual del "Centro estudiantes de ciencias económicas"

Director:

Mario V. Ponisio

Administrador:

Eduardo S. Azaretto

Secretario de Redacción:

Rómulo Bogliolo

Redactores:

**Italo Luis Grassi - Mauricio E. Greffier - Luis Marforio
José H. Porto - Jacobo Waisman - Juan F. Etcheverry**

Año VI

Febrero de 1918

Núm. 56

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

La propiedad

(VÉASE NÚMERO 55)

IV

Si debiera elegirse entre la propiedad individual y la propiedad nacional, el problema sería ya bastante difícil. Pero, como acabamos de exponerlo, la *nacionalización* de la tierra y de los otros medios de producción no es el único medio concebible de propiedad colectiva. A la nacionalización puede yuxtaponerse u oponerse la *municipalización*, que sería, por cierto, menos impracticable, y que ha sido preconizada con buenas razones por Proudhon como el único medio más o menos práctico de realizar el colectivismo (7). ¿Debe nacionalizarse o solamente municipalizarse tanto la industria como la agricultura, el alumbrado como la instrucción, el servicio de ómnibus y de tranvías como los caminos de hierro? No se ve tampoco porqué ciertos servicios serían municipalizados más bien que *cantonizados*, ni porqué no se *provincializarían* algunos otros. En fin, de todas las agrupaciones humanas, la familia sería la única olvidada aparentemente, porque es la más natural de todas, y no se apercibirá la necesidad de *domesticar*, de *familiarizar*, por así decirlo, muchas producciones. Todo esto complica singularmente la cuestión del colectivismo.

(7) En el antiguo Perú, la tierra estaba municipalizada; nadie tenía el derecho de cambiar de domicilio. Hay que temer, si la tierra es nuevamente municipalizada, que se pongan trabas del mismo género a la libre circulación de los individuos. Porque, de una parte, la comuna, a la cual se pertenece, necesitará conservar los brazos empleados por ella; por otra parte, la comuna donde se querrá ir tendrá interés en no engrosar el número de bocas que **alimenta**.

Sé que el más sólido argumento, después de todo, y ante todo, en favor de la mantención de la propiedad privada, es que ella existe y funciona desde siglos de siglos y que toda nuestra sociedad está fundada sobre ella. Pero, este argumento está lejos de tener escaso valor, como se supone cuando se razona en el aire.

La fuerza de los precedentes es, a menudo, tal que opone un obstáculo insuperable a las transformaciones que, aún consideradas útiles y dependientes del hombre, no podrán jamás ser realizadas. Por ejemplo, cuando la red de ferrocarriles esté terminada, si, en este momento, se realiza la federación de Europa, bajo la hegemonía de Rusia o de Alemania—o, ¿por qué no? de Francia — no será muy difícil para un ingeniero trazar un plan de reconstrucción de los caminos de hierro más racional, más propio a la *irrigación* igual de las mercaderías sobre todo el continente, que la red existente. Sin embargo, pienso que nunca se tratará de realizar el programa de este Freycinet del porvenir, llegado demasiado tarde después de los Freycinet del pasado, los cuales no han sido precedidos por ningún Freycinet anterior. Ejemplo todavía más sorprendente: no sería difícil concebir una repartición geográfica, sobre el territorio de Francia, de ciudades de 100.000 almas, de 50.000, de 30.000, de 20.000, de 10.000, de 5.000... , más regular y más racional de la que existe, más propia que ésta para obtener el mejor resultado posible de todas las fuentes agrícolas, industriales y sociales del país. Pero, por bizarra y defectuosa que sea la idea de criticarla y proponer sustituirla por otra cosa, como tampoco se puede substituir un lenguaje real y vivo, con un idioma fabricado de muchas piezas, un volapük o un esperanto, por admirablemente concebido que sea.

No debería olvidarse esto cuando se hacen sueños utópicos. La propiedad individual, tal como se ha creado y desarrollado históricamente, es un reparto de la tierra que deja infinitamente que desear, y no es imposible—ni aún malogrado—imaginar algo mejor. Pero, sería una locura hacer tabla rasa de esta institución para reemplazarla. Hay que basarse sobre ella como uno se basa sobre la existencia de las ciudades, es decir, utilizarlas reformándolas, de la misma manera como se engrandece o empequeñece tal ciudad, de modo que acerque en cierta medida, en una medida débil, pero muy importante, sin embargo, la *realidad* al *ideal*.

V

También, la supresión de la propiedad privada, que acaba de ser discutida en lo que antecede, no tiene, en verdad, más que un interés teórico; y todo lo que hay de claro en el partido socialista tiende a relegarla a un horizonte lejano, infinitamente detrás de las preocupaciones de partido. Una cuestión mucho más práctica, y, en el fondo, mucho más interesante, es la de saber en qué sentido la transformación del derecho de propiedad es posible y deseable, si se quiere que esta antigua y universal institución progrese en su doble camino de adaptación positiva. Desde este punto de vista, no serán inútiles algunas palabras sobre estas transformaciones anteriores para hacer resaltar las fuerzas que están en juego en su evolución actual.

Señalemos de antemano que el respeto mutuo de los propietarios como el respeto mutuo de las libertades, ha sido el fruto de una larga elaboración del derecho; fué precedido por el respeto unilateral de la propiedad de los fuertes para con la de los débiles vecinos. Esta primera etapa de la propiedad dividida se ha caracterizado por el aislamiento de las propiedades (colectivas o individuales) que ha sido anterior a su yuxtaposición y a su unión. Lo que nos dice Tácito de los territorios de las tribus germánicas es cierto también, para el dominio de cada una de las familias que lo componían. “Es un honor para las tribus, nos dice, estar rodeadas de inmensos desiertos”. Cada tribu poderosa “mira como la mejor prueba de su valor que sus vecinos abandonen sus tierras, y que ninguno se atreva a detenerse cerca de ella”. De ahí el hábito de interponer *marcas*, tierras neutras y mal delimitadas, incultas e indivisas, entre los territorios, y también entre los dominios de las familias. “Ellos (los germanos) no pueden sufrir que sus habitaciones se toquen; viven separados y a la distancia... Cada uno rodea su casa de espacios vacíos”. Este mismo espacio libre separa las primitivas casas romanas. Los mismos usos entre los salvajes americanos. Pero, a medida que el sentimiento del derecho de los otros se extiende, las propiedades, colectivas e individuales, se aproximan, se yuxtaponen, y aprenden a respetarse recíprocamente. Armonía que, aún cuando puramente negativa, es de un precio infinito, si se piensa en todas las batallas que su adquisición ha costado.

Se puede decir que, en todas las épocas, la propiedad presenta una tendencia a precisarse, a extenderse, a fortificarse, y, al mismo tiempo, según la calidad de las cosas apropiadas,

a individualizarse o a *socializarse* en la medida deseada para la mejor explotación de los inventos productores de la riqueza, y por el menor número posible entre los individuos que componen el grupo social, familia, clan, ciudad, nación. El derecho de propiedad, individual o colectivo, de las cosas y de las personas, no hace más que consagrar un goce de las cosas o de las personas, sugerido por una innovación individual. La idea de ahorrar las vidas de los vencidos para gozar de su trabajo es al origen de la esclavitud, como la idea de conservar la caza viva en lugar de matarla es al origen del arte pastoril.

Con cada nuevo animal que se domestica, con cada nueva planta que se importa y que se cultiva, el aprovechamiento pastoril o agrícola de la tierra se hace más extenso, más complicado, más preciso, y el derecho de propiedad fundial debe revestir los mismos caracteres. La proporción entre la propiedad colectiva y la propiedad individual depende también de la misma causa soberana; mientras las fuerzas animales o las fuerzas físicas no son reemplazadas por una serie de descubrimientos, el individuo necesita el concurso de sus conciudadanos, de sus coasociados, para desmontar la selva, convirtiéndola en pradera o en tierra cultivable, y es natural, entonces, que la propiedad de los terrenos desmontados sea colectiva. Pero distinta cosa acontece cuando, poco a poco, el individuo apoyado en las energías de la naturaleza, merced a los progresos de la industria no tiene más necesidad de la colaboración directa de sus semejantes. Se desarrolla entonces la apropiación individual. Pero, al mismo tiempo aparecen ciertas formas de apropiación social que se van desarrollando al mismo tiempo que otras desaparecen. Mientras los terrenos municipales de las antiguas ciudades se fraccionan y el dominio privado, en todo país que se civiliza, se ensancha a sus expensas, el dominio público consagrado al funcionamiento de los servicios públicos se agranda en la misma proporción. La creciente necesidad de comunicaciones extiende y complica la red de los caminos, de las vías terrestres o acuáticas de todo género que, de la propiedad privada y sujeta a un peaje, como los puentes, pasan a ser propiedad colectiva de la comuna, de la provincia, de la nación. Por otra parte, la creciente necesidad de la acción colectiva, de la acción por el estado, aumenta sin cesar los presupuestos y los tesoros públicos, convertidos, por el impuesto en una parte considerable de la fortuna general. Luego, tenemos aquí una propiedad mobiliaria nacional, de la que los

primitivos colectivistas, los hombres de los clans, no tenían la más vaga idea.

Si se considera especialmente la importancia creciente, entre los pueblos civilizados, (casi nula entre los pueblos bárbaros) de la libre propiedad de los mares y de los océanos, indivisa entre todas las naciones, no se persistirá en enunciar el axioma en virtud del cual, la propiedad colectiva ha ido disminuyendo desde los tiempos primitivos. A la propiedad de los bosques durante el período cazador de la humanidad, de las praderas durante el período pastoril, de las tierras desmontadas en común en los principios del período agrícola, se ha substituído, ahora y cada vez más, la del océano. Digo cada vez más porque, en realidad, antes de los progresos de la navegación la propiedad del océano, colectiva o no, no existía. El Mediterráneo antes del descubrimiento del trirremio, el Atlántico antes de Colón, no pertenecían, colectiva o individualmente, a nadie; eran inmensas extensiones inapropiables. Y cada descubrimiento, como la brújula, la marina a vela, la marina a vapor, la hélice, o, también, como el del Nuevo Mundo, del Cabo de Buena Esperanza, de la Australia, o, en fin, el de la telegrafía submarina han tenido por resultado la extensión considerable de esta copropiedad marítima, haciéndola más eficaz y más profunda. Los cables submarinos son una forma de aprovechamiento del mar que, seguramente, no fué imaginada por nuestros antepasados. Agreguemos que cada nuevo artículo de exportación o de flete, producido a raíz de una invención industrial, da una nueva forma de utilidad a las vías marítimas, provoca nuevas construcciones de transporte.

Las transformaciones de la propiedad están en íntima relación con los progresos de la población. En los orígenes, la diseminación salpicada de los grupos humanos y su aislamiento en medio de la animalidad amenazante de las fieras y de los reptiles, ha hecho necesaria la asociación del trabajo para la apropiación del suelo de donde ha resultado el carácter colectivo de este último. (8)

Por otra parte, esta apropiación, no ha podido tener los

(8) La buena armonía interna del clan primitivo, se debe sin duda alguna, más bien que a la indivisión de las tierras y de las mujeres, a la causa de esta indivisión, es decir, a la asociación y a la convergencia de los esfuerzos de lucha y de conquista colectiva. Sé comprende, por ejemplo, que las mujeres extranjeras obtenidas por raptó colectivo, a mano armada, hayan quedado indivisas entre todos los que las han conquistado por la fuerza.

caracteres de limitación estricta y de fijeza indefinida que ha adquirido mucho más tarde. Solo ha podido ser momentánea, desde que el rápido agotamiento del suelo, en virtud de la imperfección de los cultivos, obligó a los copropietarios o, más bien, a los consuarios a llevar más lejos sus brazos y sus ruidimentarias azadas.

La abundancia de la "tierra libre", hacía que la posesión estuviese tan extendida como se pudiese desear y, en razón de la ausencia de abonos, era forzosamente cambiabile. Era tan inestable como ilimitada. (9) Esta especie de apropiación colectiva por desmonte facultativo de los bosques y desplazamiento indefinido de los campos sin límites, existe aún en el norte de Rusia, cerca de Arkangel, *allí donde la población está más diseminada*, y en otras varias regiones caracterizadas por la misma dispersión de habitantes.

Ella nos explica a maravilla, el *arva per annos mutant et superest ager* de Tácito, que ha dado lugar a tantas discusiones. El *mir* y otras formas de propiedad análogas, con limitaciones del suelo colectivo fijadas desde un momento dado y repartición periódica de lotes fijos entre los copropietarios, solo han podido venir mucho más tarde, es decir, cuando habiéndose hecho más densa la población, los desmontes se han tocado y se han chocado (10).

Pero, no olvidemos que los progresos de la población aparecen aquí como causales inmediatas de las transformaciones de la propiedad y están, asimismo, subordinados a la difusión de los inventos agrícolas e industriales y, especialmente, de los que se refieren a la alimentación. Sobre un territorio determinado solo puede vivir un pequeño número de cazadores o de pescadores. Cuando la domesticación de algunos animales viene a variar y a asegurar su alimentación, este número crece

(9) Esta conclusión surge naturalmente de la lectura del bello estudio de Kovalesky sobre "L'évolution de la propriété". (Anuales de l'Institut de sociologie, t. 2.)

(10) En las cartas de Bakounine a Herzen, se habla del *mir* en términos poco favorables, que alcanzan a la propiedad en general. Bakounine reprocha a Herzen sus ilusiones a este respecto. "¿Por qué, le pregunta, esta comuna rural rusa, solo ha podido producir, después de 10 siglos de existencia, la esclavitud más abominable y más odiosa, el envilecimiento de la mujer y de su honor, la negación absoluta de sus derechos y de su honor, la abominación de la podredumbre, la sujeción del individuo al *mir* y *el peso aplastador del mir que mata en germen toda iniciativa individual*, la ausencia completa de toda justicia en las decisiones del *mir*?"

muy rápidamente y no deja de aumentar con cada progreso de la agricultura. Por la introducción de las plantas forrajeras las cabezas de ganado se multiplican y, debido a los abonos mejores y más abundantes, el rendimiento del trigo por hectárea, por ejemplo, ha aumentado en Francia de 10 hectolitros, en 1816, a cerca de 16 hectolitros, en 1895. El aumento numérico de la población no es el que ha obligado al agricultor a substituir por un cultivo más intensivo el arcaico sistema de los tres "assolements"; lo que ha aumentado la productividad del suelo y lo que ha permitido a los hombres pulular en él, es la importación de las plantas forrajeras, de la patata, del nabo (importación equivalente, en el lugar donde se realiza, al descubrimiento de estas plantas). Por eso, en efecto, un número siempre creciente de individuos logra vivir, y vivir cada vez mejor, sobre un mismo suelo.

"Sólo en un alto grado de civilización—dice Kautsky con razón— el hombre llega a dominar a la naturaleza hasta el punto de poder elegir su alimentación conforme a sus necesidades. Cuanto más bajo es su nivel tanto más debe contentarse con lo que encuentra y, en lugar de adaptar su alimentación a sus deseos se adapta él a la alimentación de que dispone".

De esta manera, contrariamente a lo que se afirma comúnmente, muchos negros africanos se alimentan más con carne que con legumbres, cosa contraria a la higiene en su clima tropical, y muchas tribus de las regiones polares comen más legumbres que carne. Pero, al civilizarse, el septentrional se convierte en carnívoro y el meridional en vegetariano. Ahora bien, en el origen de cada una de estas pequeñas revoluciones alimenticias, que hacen poco ruido y que tienen poca influencia tanto sobre la calidad como sobre la densidad de la población, encontramos siempre *una idea feliz* que se ha propagado y cuya difusión se ha realizado siempre de acuerdo con la ley general de la sucesión de los ejemplos. La transformación contemporánea de la agricultura, debida a los progresos de la química, de la biología, de la mecánica, a la influencia de la bacteriología, de todos los descubrimientos de Pasteur, etc., (11) ha descendido de las grandes propiedades a las pequeñas, de las ciudades a los campos.

(11) Nótese, al pasar, que Kautsky, que habla mucho de su compatriota Liebig, y le atribuye el rol preponderante en los progresos de la agricultura contemporánea, no pronuncia el nombre de Pasteur a propósito de bacteriología... Este internacional es más nacionalista de lo que se cree.

Así, de la serie de ideas civilizadoras nacen los aumentos de la población que obligan al derecho de propiedad a modificarse bajo ciertos aspectos en el sentido de una precisión, de una individualización crecientes, pero que, al mismo tiempo, y desde otros puntos de vista, aumentan, complican, diversifican el dominio público ampliado sin cesar por nuevos impuestos o por expropiaciones por causa de utilidad pública; el todo a fin de adaptar cada vez mejor la propiedad individual o colectiva a sus fines sociales.

Observemos que la invención no obra solamente por medio de sus efectos sobre la población, sobre las transformaciones de la propiedad. También ejerce sobre ellas una acción directa. Las poblaciones primitivas, bajo el imperio de un individuo más imaginativo y más persuasivo que otros, siempre han tenido las más raras y más diversas ideas, en lo que se refiere a sus relaciones con el suelo que ocupan. Estas ideas, de naturaleza religiosa sobre todo, les hacen creer que su prosperidad está ligada a la propiedad indefinida, hereditaria, de tal peñasco, de tal fuente, de tal bosque reputado sagrado, de la tierra donde duermen sus antepasados. Este lugar de la sepultura de los muertos ha debido contribuir potentemente, por las ideas que despertaba, a la formación precoz de la noción de propiedad exclusiva, de propiedad distinta de la propiedad general de la tribu.

Otra observación. Por muy difundidas que hayan estado las formas de apropiación colectiva de que se ha hablado más arriba, ¿puede considerárselas como universales? No, porque nada indica que las condiciones que las han hecho necesarias hayan existido en todas partes en el pasado de todos los pueblos. Por mucho que uno se remonte, encuentra siempre lugares privilegiados, cantones insulares o aún continentales, al abrigo de las fieras y de las incursiones de las tribus hostiles, y que han permitido a los primeros ocupantes agrícolas, la apropiación individual desde un principio. A este respecto, la importancia del elemento geográfico, explicación parcial de la diversidad de las evoluciones humanas, es considerable, y el error de la escuela de Le Play es únicamente haberlo exagerado. Pero, ciertamente, las familias o bandas primitivas en busca de abrigo contra la invasión de los grandes carnívoros o de las tribus enemigas, han debido dar un valor infinito a la posesión de la caverna, en la cual, a menudo, han resistido con éxito a coaliciones hostiles. El sentimiento de la propiedad de

esta caverna ha debido ser singularmente vivo y profundo entre estos trogloditas y, por extensión, ha debido ampliarse al suelo de las inmediaciones. No ha debido ser lo mismo en los países llanos donde todos los campos se parecen, desde el punto de vista de la seguridad o, más bien, de la inseguridad.

Otra pequeña observación aún. El gran reproche que Loria y otros escritores de la misma escuela hacen a la propiedad privada es el de haber hecho desaparecer la *tierra libre*. La verdad es que no ha habido hasta ahora una sólo época en la cual hayan sido cortadas las alas del progreso por falta de tierra desocupada y disponible. No ha sido bajo el imperio romano, cuando la tierra necesitaba brazos. No ha sido en la edad media cuando la mitad del suelo estaba cubierto de malezas, sobre todo después de la gran peste y la guerra de cien años, y cuando, de todas partes, los desiertos a poblarse llamaban a los colonos. No ha sido en nuestros días cuando el inmenso continente africano sin hablar de los otros, se ofrece a los ávidos europeos. Se puede prever, es verdad, el día en que una población exuberante, y en todas partes igualmente aunque diversamente civilizada, cubra la tierra entera después de habérsela repartido individualmente; en ese caso los recién llegados no encontrarán un espacio donde reposar su cabeza. Pero este tiempo está muy lejano y antes que llegue tendremos la oportunidad de pensar en la solución de los problemas que se plantearán entonces. Después bastará una epidemia entre estas poblaciones tan densas para hacer el vacío y dar espacio a las nuevas generaciones. Es siempre "*le fonds qui manque le moins*". Pero lo que se querría es que la *tierra libre*, en lugar de estar en América o en Africa, estuviese en el corazón de las naciones civilizadas de Europa. En esto está la utopía y la contradicción. Precisamente porque estas naciones son civilizadas, han debido apropiarse colectiva o individualmente todo el suelo que aquellas cubren y desde entonces la tierra no podría ser más libre, o, dicho en otra forma, *salvaje*.

VI

Dicho esto sobre las transformaciones de la propiedad en el pasado y sobre las causas que las han producido, preguntémosnos ahora sí, después de haberse ido individualizando y fraccionando cada vez más, desde el punto de vista del cultivo

de las tierras y de la explotación industrial de los capitales, bajo la acción de las invenciones y descubrimientos civilizadores, la propiedad no comenzaría a revelarse, debido a las invenciones y descubrimientos recientes y a los acontecimientos contemporáneos, bajo una tendencia completamente nueva y contraria. Preguntémosnos, en otros términos, si hay indicios que nos hagan esperar un movimiento próximo o futuro hacia la socialización de la agricultura y de la industria, y no únicamente la continuación de lo que vemos, es decir, la extensión de los servicios públicos, guerra, policía, justicia, instrucción, vialidad, asistencia, etc.

Algunos escritores socialistas, como lo hemos dicho más arriba, en nuestro capítulo sobre la concurrencia, han torturado las estadísticas para hacer entrar a la propiedad territorial dentro de la ley de la concentración capitalista que debe conducirnos, inevitablemente, según Marx, tanto a la nacionalización del suelo como a la de todos los instrumentos de cualquier trabajo.

He aquí como Kautsky llega a conciliar con la subdivisión creciente o estacionaria del suelo, el dogma marxista de la concentración gradual de la propiedad, lo que facilitará la expropiación general. Según su manera de ver cuando un agricultor toma un préstamo sobre hipoteca, su acreedor hipotecario se convierte en el verdadero propietario territorial de su tierra, desde que este acreedor (p. 129)

“es el *propietario de la renta territorial*, y, por consiguiente, el verdadero propietario del suelo”.

El agricultor, generalmente campesino, no es más que “propietario nominal”. Si se admiten estas premisas—en realidad erróneas, evidentemente falsas — no hay dificultad en demostrar que, desde que las cifras de las deudas hipotecarias aumentan *en todas partes* rápidamente, y que, también en todas partes, a los préstamos hipotecarios de los pequeños capitalistas, se substituyen los préstamos hipotecarios de grandes asociaciones centralizadas, — especialmente en Alemania — este fenómeno equivale a una concentración de la propiedad territorial (p. 132)

Pero, aún admitiendo que fuese así ¿qué probaría esto? ¿Y qué naturaleza especial tendría esta transformación para facilitar la gran expropiación soñada? ¿Acaso las sociedades de crédito que centralizan los préstamos hipotecarios no es-

tán formadas por accionistas? ¿Acaso el número de estos accionistas no crece a medida que el préstamo hipotecario se desarrolla? Se deduce entonces, si un crédito sobre hipoteca equivale a una propiedad inmobiliaria, que el número de propietarios va aumentando en una forma nueva y *susceptible de una extensión indefinida*, a diferencia de la forma directa de propiedad inmobiliaria que no podría pasar cierto límite de subdivisión y de multiplicación. En todo caso, lo que es cierto, es que no deja de crecer el número de los que están interesados en que no se realice la nacionalización del suelo.

Por otra parte, es claro que el interés pagado al acreedor hipotecario debería ser, en término medio, "inferior" a la renta territorial. Sin esto, ¿se vería progresar el número de préstamos hipotecarios? Se nos informa que, en Prusia, la *Institución de crédito de la nobleza de la marca electoral y de la nueva marca* ha expedido cédulas hipotecarias por un valor que ha pasado de 38 millones de marcos, en 1855, a 189 millones, en 1895. ¿Se puede admitir que si los gentileshombres de la campaña de ese país, después de la primeras experiencias hechas con estos préstamos, hubiesen comprendido que se arruinaban, habrían persistido en pedir prestado a todo trapo? Hay que advertir que este aumento tan rápido de las deudas hipotecarias ha coincidido, en Prusia, con una era de prosperidad excepcional en la agricultura, — porque los resultados son el maravilloso perfeccionamiento de la maquinaria agrícola y el número rápidamente creciente de las máquinas agrícolas y *se ha acentuado sobre todo en los años de buena cosecha*. Este desarrollo del crédito rural revela los progresos de la utilización de las fuerzas mecánicas, químicas, vegetales, animales, es decir, de la adaptación de la tierra al hombre. Al mismo tiempo, se puede ver el progreso de la ayuda mutua que se prestan la agricultura y la industria confiando ésta a aquélla los capitales que necesita y ofreciendo aquélla a ésta, un empleo seguro y ventajoso para los capitales que trata de colocar.

En realidad, es dudoso que el número de campesinos que viven únicamente del trabajo agrícola, como propietarios cultivadores, vaya decreciendo. Este número no ha sido jamás tan grande como se piensa, porque, en nuestros tiempos, los pequeños oficios de tejedor, de herrero, de carpintero, etc., daban un agregado indispensable a las rentas propiamente agrícolas. La transformación de la industria ha dado como re-

sultado la desaparición de estos pequeños oficios, y, por consiguiente, la venta de las pequeñas propiedades que no pueden dar para vivir a sus dueños, convertidos en emigrantes y obreros de las ciudades. Anotemos también que, para cultivar una región determinada, a productividad igual, se necesita cada vez menos cultivo, a consecuencia de la vulgarización de las máquinas. Refiriéndonos solamente a las batidoras mecánicas, en Francia su número se ha elevado, de alrededor de 100.000 que eran en 1862, a 234.000 en 1892, y, en Alemania, de 75.000 en 1882 a 229.000 en 1893. Según algunos agrónomos, esta es una de las causas principales de la despoblación de las campañas. Por otra parte, ¿la gran propiedad se va extendiendo? Nada más incierto, y, aunque ella se extendiese un poco, ¿qué significación tendría este movimiento, seguido pronto, quizás, por un movimiento opuesto? Lo más importante que debemos considerar aquí es que *la gran propiedad cambia de naturaleza*. La propiedad antiguamente feudal la de los gentiles hombres, grandes cazadores desocupados, se vende y se subdivide cada día o es comprada por industriales retirados de los negocios que se ocupan con una actividad inteligente e innovadora de la vigilancia de sus tierras, practicando el gran cultivo. De esta manera, tanto por abajo como por arriba, la propiedad se transforma; es adaptada, cada vez, a su fin social. Ella es concebida y sentida, de más en más, por los propietarios, como una función social llenada por algunos en el interés de todos y no como el ejercicio del derecho de usar y de abusar de la cosa. Pero, ¿se concentra ella? Las estadísticas no arrojan ninguna luz al respecto. También Carlos Marx, desmoralizado, ha dejado escapar la siguiente confesión:

“La agricultura debe pasar indefinidamente de la concentración a la desmenuzación e inversamente, mientras subsista la organización de la sociedad burguesa”.

Se vé aquí la obsesión de la idea del balanceo rítmico. Pero, ¿en qué se convierte la idea fundamental del marxismo?

No hay duda que en los campos se está operando un gran fermento y que se deben esperar grandes cambios en la población agrícola, pero, ¿en qué sentido? “El campesino se proletariza”, dice Kautsky. Esto no es exacto y traduce mal su propio pensamiento. Es cierto que los campesinos, después que los pequeños oficios desaparecen de la campaña, aplastados por la gran industria, se emplean más a menudo que en otros tiempos como obreros industriales, mineros, por ejemplo,

cuando, en su vecindad, se instala una usina o una fábrica, y su trabajo agrícola se convierte entonces, y poco a poco, en el accesorio de su trabajo industrial más lucrativo. El campesino en estas condiciones, se convierte en obrero y se *urbaniza*; pero, ¿fuera de estas condiciones qué hace? Donde, para completar sus recursos, las grandes propiedades no bastan para ocuparlo durante jornadas de trabajo agrícola bien remuneradas, emigra, sea definitivamente, a las colonias para continuar bajo nuevas formas y en dimensiones más amplias su vida de campesino, sea pasageramente y con espíritu de volver, como obrero eventual. Convertido en nómada y turista, como todo el mundo, toma el ferrocarril y va a buscar trabajo agrícola allí donde sabe, por los diarios, que faltan brazos. Y *viaja en banda*, comunmente como los pájaros migradores. Por ejemplo, en tiempo de vendimia, los campesinos del Perigord negro van a la Gironda y vuelven en seguida. En Baviera, entre los países del trigo y los países del lúpulo, hay un cambio de obreros agrícolas. “Los países de lúpulo envían sus obreros para la cosecha y recíprocamente.”

A veces, es cierto, estas bandas no se limitan al trabajo rural y alquilan sus servicios, al pasar, a industriales, pero, por una estación solamente; y vuelven siempre al país natal, a consagrar el fruto de sus trabajos nómades al mejor cultivo de su pedazo de tierra, cada vez más querido.

Al *movilizarse* de esta suerte, el paisano no se *proletariza*, tampoco se *industrializa*, pero es seguro que se *despaisaniza*, porque su psicología queda muy revolucionada. Las nuevas sensaciones, las nuevas ideas que adquiere le dan una necesidad de variedad intelectual cuya falta no había sentido hasta entonces; sufre el fastidio del aislamiento actual, necesita distracciones, se esfuerza en menospreciar todas las supersticiones y los prejuicios de su aldea, de los cuales está todavía imbuido. Se prepara, en fin, por una transformación lenta y peligrosa de su estado de alma, al estado de alma nuevo que será el del campesino futuro, el campesino ilustrado, sabio quizá, que contará en sus filas a intelectuales y artistas.

Es muy posible, entonces, que el campesino desaparezca algún día — el obrero también.

“Una cultura escolar superior, dice Kautsky, y la satisfacción de la vida de campesino no son compatibles”.

Si esto es cierto, ¿no es más cierto todavía que una eleva-

da cultura escolar torna al obrero descontento de su suerte — a menos que no se *emburguese*? ¿Por ventura, nos reservaría el porvenir esta sorpresa de un emburguesamiento universal de los obreros y de los campesinos? Hay que observar que la vida campesina puede mejorar mucho, llegar a un “confort” bastante grande, sin dejar de ser campesina, sin convertirse en burguesa. No pasa lo mismo en el mismo grado, en la vida obrera. Hasta ahora esta última no ha sabido elevarse jamás sin emburguesarse.

Kautsky, no tiene dificultad en demostrar la superioridad del gran cultivo sobre el pequeño, desde el punto de vista del rendimiento neto (otra cosa es desde el punto de vista del rendimiento bruto). El muestra la economía realizada sobre los gastos generales en construcciones, en cercos,

“Para rodear cincuenta terrenos de veinte áreas cada uno, se necesitarán siete veces más empalizadas y trabajo que para rodear un sólo terreno de diez hectáreas”.

en útiles para arar, aún en semillas, etc. Insiste, sobre todo, en esta consideración que el gran cultivo permite “la división del trabajo entre los trabajadores nómades y los trabajadores intelectuales”; he aquí, dice él, su gran ventaja. Porque una explotación agrícola solo necesita una dirección científica encarnada en un “agronomo” cuando ella sobrepasa cierta extensión, variable, por otra parte, de acuerdo con la especie del cultivo. Es necesario que un bien sobrepase, en término medio, dice él, un centenar de hectáreas para ocupar completamente a un especialista en Alemania.

Pero lo que Kautsky no dice, es que, si se exige un mínimo de extensión para que el cultivo dé el máximo de rendimiento, un *máximo de extensión no lo es menos*. El ensanche de las propiedades, llevado más allá de cierto límite es tan contrario como la subdivisión excesiva en lo que respecta a su mejor explotación. He aquí, sin duda, porque en los Estados Unidos ha disminuído la extensión media de las granjas a partir de 1850. Cada decenio la disminución es “gradual”. De 203 acres en 1830 a 134 en 1880. Y, observémoslo, la misma consideración es aplicable a la industria. Llevado más allá de cierto límite, el ensanche de una explotación industrial dá lugar a abusos, a derroches, a negligencias que recuerdan a las administraciones de un estado y, en lugar de un máximo de efecto por un mínimo de esfuerzo, se tiene un mínimo de efecto

por un máximo esfuerzo, *idénticamente como acontece en las muy pequeña industria.*

Esto quiere decir que los colectivistas no están absolutamente autorizados a ver en el reemplazo gradual de la pequeña industria por la grande, — y en la superioridad, en ciertos puntos, del gran cultivo sobre el pequeño cultivo, — una razón para creer en la necesidad, en la inminencia de la nacionalización de la industria y de la nacionalización del suelo. Hay lugar para creer, por el contrario, que, por este ensanche desmesurado y gigantesco que resultará de la nacionalización, la industria y el cultivo volverían poco a poco a la improductividad relativa de sus comienzos.

Hay en cada época y en cada región, un grado de extensión al que corresponde, tanto para la agricultura como para la industria el máximo de producción combinado con el mínimo de trabajo, y este grado eminentemente variable, depende de la naturaleza de las invenciones existentes. Una invención nueva modifica siempre este grado, sea en más, sea en menos. Por ejemplo, el transporte de la fuerza a domicilio por la electricidad, puede tener por efecto el renacimiento de los pequeños oficios, vueltos más productivos, en muchos casos, que los grandes talleres, aunque, en general, las invenciones nuevas modifican en más este grado. Hay también en todas las épocas cierto grado de extensión territorial al que corresponde el máximo de poder político de un jefe de estado. Más aquí o más allá, su poder se debilita. Y las variaciones de este grado dependen también de las invenciones, sobre todo de aquellas que tienen relación con las comunicaciones, con el transporte de la acción "intermental". Pero, este grado de extensión es, en lo que concierne al poder político, muy superior al correspondiente al máximo de producción industrial o agrícola. De ahí la imposibilidad o el peligro de nacionalizar la industria y, sobre todo, la agricultura.

Sin embargo, como el término medio de las explotaciones agrícolas, en los estados civilizados, está bien lejos de llegar al mínimo de extensión donde comienza la posibilidad del rendimiento neto máximo, se puede prever que, a pesar de la persistencia actual de la subdivisión del suelo, las pequeñas propiedades, tarde o temprano, serán menos numerosas y la extensión media de las propiedades subsistentes se encontrará acrecida. En esto, con su característica lentitud, la agricultura seguirá de lejos, el ejemplo que le ha sido brindado por la indus-

tria, donde los pequeños oficios, después de haber resido durante largo tiempo los asaltos de las grandes fábricas, han terminado por ceder. Pero, el error, sugerido por este hecho, o más bien por esta previsión, es el de pensar que esta tendencia (aún sin bosquejar) a cierto ensanche de los dominios, seguirá indefinidamente. En todo caso, repetimos que la previsión de que se trata está lejos, hasta ahora, de ser confirmada por la estadística. En Alemania, sólo hay progreso sensible en el número de las explotaciones de mediana extensión, de 5 a 20 hectáreas, y no para el de las grandes. En Francia, las grandes y las pequeñas han aumentado numéricamente. En Inglaterra, como en Alemania, solo las medianas han aumentado.

Se podrían dar, desde ahora, razones para pensar que el ensanche medio de los dominios, si se produce, como creo, encontrará límites bastante cercanos. Kautsky no ignora, porque Thünen se lo ha demostrado, que los inconvenientes relativos a la distancia de las tierras de la sede de su explotación, concluyen por sobrepasar a las ventajas inherentes a su extensión y que, en consecuencia, ésta no sería, en manera alguna, indefinidamente deseable. Más aún, sabe que, cuanto más intensivo es el cultivo, es decir, científico, tanto más disminuye la extensión máxima que una propiedad puede sobrepasar sin que las ganancias del propietario disminuyan.

“Una propiedad, nos dice, debe ser tanto más pequeña, cuanto más es explotada con un capital dado”.

Concluid: a medida que progresamos, tendremos que alejarnos, en suma, de la concentración de las propiedades, pretendida condición inevitable hacia la nacionalización del suelo.

La persistencia de la pequeña propiedad se puede explicar por muchas otras consideraciones, y Kautsky señala una, que no tengo ninguna dificultad en aceptar. Reconoce, en efecto, que no observa en ningún lugar, la menor traza de una tendencia hacia la centralización, por parte de los hogares (*menages*) y de las familias (*maisonnées*):

“En ninguna parte, dice, el gran número de los pequeños hogares tiende a ceder el lugar a un pequeño número de grandes hogares”.

Hubiera sido más exacto decir que, por el contrario, se constata una manifiesta tendencia de los antiguos hogares patriarcales, a desmembrarse en pequeños hogares independientes: constatación poco alentadora, dicho sea de paso, para las

quimeras falansterianas. Así, el hogar tiene una tendencia "opuesta a la de la industria", la cual va centralizándose. ¿Por qué ésto, si las ventajas de la centralización son las mismas para el hogar y para la industria? ¿no es por que la necesidad de libertad y de independencia aumenta la acción de las causas que llevan a la industria a desarrollarse y a centralizarse? ¿no es también porque el individuo tiende a ser, en su hogar, tanto más independiente y libre cuanto más disciplinado y sujeto está en su oficio? Sea lo que fuere, concedo a Kautsky que esta propensión del grupo doméstico a agruparse en unidades más bien que a extenderse, contribuye a mantener la pequeña propiedad, puesto que la explotación agrícola es parte integrante y necesaria del hogar campesino.

En fin, puede ser, — y Kautsky lo reconoce, — que el progreso democrático de las sociedades modernas contribuya a retardar la desaparición de los pequeños oficios ante las grandes fábricas. Y también, la victoria de la gran propiedad y el gran cultivo sobre la pequeña propiedad y el pequeño cultivo. Allí donde reina la soberanía del número, hay que esperar que los numerosos artesanos, amenazados por una nueva invención, se agremien contra ella y aún la expulsen, en perjuicio de consumidores más numerosos todavía, es verdad, pero, en general, ignorantes o despreocupados del interés que tendrían en ponerse de parte del inventor contra los protectores interesados de la rutina.

"Cuanto más la lucha de clases llega a su estado álgido, dice Kautsky, la democracia socialista es tanto más amenazadora, y los gobiernos están tanto más dispuestos a facilitar a las pequeñas explotaciones, convertidas en supérfluas económicamente, una existencia más o menos parasitaria a expensas de la sociedad".

Confesemos que los gobiernos populares contra los cuales esta observación puede parecer un rudo argumento, tienen motivo de estar muy preocupados por el problema que se les plantea.

Entre un pequeño ensanche medio de los talleres y de las explotaciones agrícolas, que arrojaría un aumento de riqueza, mediante muchos sufrimientos, y un empequeñecimiento medio que arrojaría un aumento de felicidad o una disminución de dolor con menos riqueza, ¿qué elegir, razonablemente? A falta de medida común sólo es posible la decisión de acuerdo con el viento de la opinión.

El libro de Kautsky sobre la *cuestión agraria* tiene por objeto demostrar que *la agricultura debe ir industrializándose*. A decir verdad, esto significa simplemente que la agricultura ha salido por fin, ella también, como antes que ella y desde hace mucho tiempo lo ha hecho la industria, de la fase de los mercados locales y cerrados, y ha entrado, a su vez, en la era del mercado *mundial*. Por otra parte, es más bien al principio de la evolución económica que se ve estrechamente unidas a la agricultura y a la industria, pero la una tan embrionaria como la otra. Entonces, el cultivador es al mismo tiempo tejedor, herrero, carpintero, zapatero, etc.; y, de la misma manera, el artesano de las ciudades antiguas es propietario también de un jardín, de un pedazo de tierra que cultiva en el intervalo del trabajo de su oficio. Y esto es porque ni la agricultura ni la industria, no más ésta que aquella, exigen un gran y costoso utilaje ni trabajan para una clientela lejana, imponente, indefinida. Pero, hoy, las condiciones del trabajo han cambiado; y, como este cambio se ha producido más rápidamente para la industria que para la agricultura, se ha visto a los pequeños oficios emigrar de los campos y el campesino se ha convertido poco a poco en un agricultor puro. Ahora bien, en la agricultura empieza a hacerse sentir junto con la necesidad de las salidas exteriores, cada vez más extendidas, la necesidad de máquinas costosas y de métodos nuevos. (12) Ella se transforma, es claro; y también es claro que, para responder a las exigencias de esta evolución, se impondrá, sin tardanza, una revisión de la legislación sobre la propiedad territorial. ¿En qué sentido? Parece que el éxito de los sindicatos agrícolas indica claramente el camino en el cual es permitido alcanzar la solución práctica de los problemas que se presentan al trabajador de los campos. Se trata de saber cómo podrán combinarse las ventajas sociales de la pequeña o media propiedad. La asocia-

(12) "Hace mucho tiempo que la agricultura, en este sentido, se industrializa, es decir, se especializa, y, al especializarse *se adapta* cada vez mejor al cliente y al suelo, — es decir, a su *mejor productividad*. . . . "Si se compara, dice Hitier, (Revue d'Econ. polit. junio de 1901) un mapa de la Francia agrícola al finalizar el siglo XVIII con un mapa de la Francia actual, se constata inmediatamente que las zonas de las plantas cultivadas tienden a representar, cada vez más, las zonas naturales del clima y del suelo. Si se supone indicados los cultivos por colores, lo que llama la atención inmediatamente es una menor dispersión de las manchas".

ción agrícola empieza ya a contestar a esta pregunta; y su respuesta es tal que exime de invocar procedimientos más radicales. No es menos cierto que el derecho de expropiación por causa de utilidad pública está destinado a extenderse mucho todavía, así como también la lista de las servidumbres rurales y urbanas de la propiedad edificada o baldía. Se llegará aún, lo espero, a tomar medidas legales que obligarán a los propietarios a respetar las bellezas pintorescas del suelo, a no afeardar el paisaje, propiedad visual, colectiva en el más alto grado.

La dificultad más grande consiste, quizá, en la transformación psicológica del campesino, que es requerida por esta transformación económica y que no se llevará a cabo en un día.

El campesino, tipo formado y consolidado en el curso de una herencia secular, se caracteriza, a la vez, por la rareza y la intensidad de las acciones "intermentales", por el monodeísmo silencioso y tenaz, por una suerte de sobriedad cerebral, por decirlo así, que se contenta con un mínimo de ideas profundamente masticadas, por la extrema docilidad de los ejemplos domésticos y ancestrales y por la muy débil sensibilidad a los ejemplos exteriores. ¿Estos rasgos de la psicología campesina están destinados a borrarse? Por una parte, hay que observar que tienden más bien a acentuarse entre los que quedan en los campos, porque, a medida que se desarrolla la emigración de los jóvenes más inteligentes y de las muchachas más bellas, a la vez que disminuye la densidad y la calidad de la población rural, se rarifica la acción "intermental"; y la desaparición de los oficios hace aún más profunda la monotonía de la vida. De manera que si nada viene a sacar al campesino de su aislamiento, de su silencio, de su misonismo creciente, se convertirá muy pronto en un ser completamente aparte, inasimilable, extraño al resto de la nación. Pero, por otra parte, cuando se piensa en los progresos de la instrucción en los campos, en la difusión de los libros, en la mayor frecuencia de los viajes, y, sobre todo, en los menores esfuerzos graduales del trabajo agrícola que, reemplazado por las máquinas, es cada vez menos un simple gasto de fuerzas musculares y cada vez más una ocupación muy interesante del espíritu, no se puede menos que esperar, en un futuro bastante cercano, un movimiento de descentralización del cual se beneficiarán los campos. Ya el arado a vapor es muy atrasado, muy pesado. El arado eléctrico, más liviano, lo reemplazará. Para ésto pueden utilizarse las fuerzas perdidas de las caídas de agua. Cuan-

do las cascadas, o la marea, o los vientos, trabajen en lugar de los bueyes, se necesitarán manos más delicadas para dirigir el arado.

Este problema de las transformaciones necesarias del campesino, a quien se trata de refinar sin desnaturalizarlo, se impondrá pronto a los mismos socialistas. (13) A pesar de los servicios que la campaña presta a la ciudad, y que son recíprocos, existe un antagonismo creciente, en suma, entre la campaña y la ciudad que se disputan la población, el poder, el bienestar y el lujo. ¿Cómo se resolverá este antagonismo? ¿Será por la asimilación de los ciudadanos a los rurales? Seguramente que no; a la inversa, solo puede ser por la urbanización de los rurales, por lo menos en cierta medida. Porque, es menester no olvidar que la agricultura, aun cuando se industrialice, será siempre la agricultura, es decir, una producción sujeta, por su colaboración con la lluvia y el buen tiempo, a las condiciones especiales que le imponen una lentitud y un aspecto aleatorio característicos. El agricultor no podrá entonces urbanizarse por completo, y sería enojoso que ello fuese posible. La adaptación del hombre a la tierra y de la tierra al hombre, exige, ante todo, una cualidad mucho más desarrollada en el hombre de campo que en el hombre de las ciudades, la paciencia, la resignación, es decir, la adaptación del hombre a su destino. Es el fondo del alma campesina el que siempre importará conservar.

GABRIEL TARDE.

(13) Obsérvese este pasaje de Kautsky: "Al principio la democracia socialista se interesó poco por el campesino. *Ella no es una democracia en el sentido burgués de la palabra, una bienhechora de todo el mundo que trata de satisfacer los intereses de todas las clases, por muy opuestos que puedan ser los unos a los otros: ella es un partido de lucha de clases*".